

ORENCIO

Había llegado el día. Cristina salió bien temprano de su casa, situada en el *Valle dell'Adige* en el norte de Italia. Le gustaba recorrer con su bicicleta el hermoso camino desde Lana, su pueblo, hasta Bolzano

La primavera iluminaba los campos. Los blancos y rosas de los manzanos en flor creaban una imagen mágica que la hipnotizaba. No podía imaginar nada más bello. La suave brisa de la mañana acariciaba su rostro sonrojado por la fría noche.

Todavía quedaban algunos campos en los que las filas de velas antiheladas permanecían encendidas lo cual, combinado con la luz del alba, creaba un verdadero espectáculo de luces.

Cristina pedaleaba absorta frente a la fascinante escena que la envolvía

Su padre, junto con otros vecinos, había comenzado a utilizar un nuevo sistema a base de agua congelada con el que producían energía. Lograban que la temperatura interna de los manzanos no descendiera por debajo de cero. El hielo aferrado a los bordes de las hojas las mostraba como envueltas para regalo.

Algunos apicultores transportaban ya sus colmenas hasta los manzanares. Las abejas, fascinadas también por el colorido, y atraídas por el aroma dulce y embriagador del entorno, salían a polinizar las flores y contribuir así al milagro del nacimiento de las nuevas manzanas.

Hoy Cristina recogería su certificado en Ciencias Agrícolas que tanto había soñado y por el que había luchado duro durante sus años de estudio, aunque sin dejar de trabajar al lado de su familia. Jamás se le pasó por la mente y sus padres siempre lo valoraron.

Ahora se dedicaría de lleno a cuidar de la tierra. Se sentía rotundamente feliz.

De regreso a casa, cuando el sol ya la miraba desde lo más alto, su pensamiento volvió de nuevo a “su manzano”. Era distinto a cualquier otro y muy pronto lo sintió como suyo. Hacia ya casi diez años que su padre sembró una única semilla que un buen amigo suyo le dio. Cuando se la entregó le dijo que debía reservarle un lugar muy especial porque sería un ejemplar único. Sus padres pensaron que no sobreviviría.

Cristina se ocupó de él como de un tesoro. Era para ella un lugar al que acudir y alguien a quien contar sus temores y sueños. *Orencio* se convirtió para ella en algo así como un

confidente. Recuerda a su madre cuando le preguntó sobre el por qué de esa ocurrencia y por el significado de ese nombre. Respondió que siendo tan especial para ella bien merecía un nombre porque su significado lo justificaba. Sus palabras fueron exactamente: *significa el que surge y resplandece, mamá.*

Sus tiernos brotes y sus incipientes ramitas anunciaban que iba a tratarse de un ser único. Y así lo entendió Cristina quien esperaba con fe ciega sus primeros frutos. Todos en casa esperaban ya impacientes el momento.

Algunos vecinos que venían a echar una mano a su padre comenzaron a notar que se trataba de un ejemplar realmente distinto.

“¿De verdad que lo vas a dejar que siga creciendo?”, “¿Seguro que esto es un manzano?”, “¡Yo, en tu lugar lo arrancaba de cuajo!” ...

- ¡Ni se os ocurra a nadie poner la mano encima. Orencio es el manzano de mi hija! ¿Qué mal va hacer a nadie? - decía Antonio con una voz que pretendía sin éxito mostrarse enojada.

- ¡Pero si le ha puesto hasta nombre!, ¡Lo que nos faltaba!, ¿Habéis perdido la cabeza?...

Cristina seguía cuidando de Orencio: lo regaba sobre todo ahora que se acercaba el momento en que pudieran formarse sus primeros frutos; lo podaba cada año para mantenerlo en un estado de salud óptimo; y lo tenía cerquita de otras variedades porque eso favorecería su polinización.

La cosecha, había que hacerla a mano y en distintas fases para escoger así tan solo las frutas que estuvieran más maduras. Además aprendió de ellos que había que recogerlas en días secos y empezar por la parte baja del árbol con el fin de evitar que alguna pudiera caer sobre otra y dañarla. También vio en ellos que las trataban con mucho cuidado y que las tomaban en la palma de la mano como si de un valioso tesoro se tratara; con la misma delicadeza con la que luego las iban colocando en las cajas. Con respeto.

A la mañana siguiente, cuando salió a saludarlo, Cristina se entusiasmó al ver que su primer fruto colgaba ya de una de sus ramas, aunque de inmediato tomó conciencia de un

extraño hecho. Su primera manzana tenía un color rojo intenso muy similar a la Gala pero había algo que la hacía completamente distinta. Se trataba de un fruto cuadrado y de pequeño tamaño. Al verla, Cristina pensó que era como una cajita de regalo colgada del árbol de Navidad. Se quedó tan absorta frente a ella que perdió la noción del tiempo. Hasta el punto, que al cabo de un buen rato sus padres la echaron a faltar y se la encontraron de rodillas ante Orencio formando una estampa más propia de la bóveda de una iglesia que del campo.

La familia al completo quedó fascinada ante tal descubrimiento. A partir de ese momento se vieron obligados a aunar fuerzas para defender a Orencio de las habladurías y las críticas.

Pasados unos días Cristina avisó a sus padres de que el primero fruto estaba ya maduro. Con delicadeza extrema y casi con devoción lo cogieron del árbol y lo llevaron a la mesa para probarlo como si de una joya única se tratara. Su forma cuadrada les permitió cortar la extraña manzanita en unos pocos dados.

Sus tres miradas se buscaron antes la sorpresa que su sabor único y casi mágico les produjo al llevar los pedacitos a sus bocas.

Años después cada vez que alguien se acerca a Lana para conocer este hermoso rincón situado en *Südtirol* les gusta revivir en sus rostros las miradas de las gentes que con las pupilas iluminadas como las de un niño observan las preciosas joyas cuadradas que Orencio les sigue regalando desde aquel ya lejano día.